

El análisis de los principios en que se fundan la tragedia y la comedia es de gran profundidad filosófica; pero, además de este mérito, tiene el autor otro muy raro: el de inspirar entusiasmo hacia los grandes ingenios que admira. Se muestra en general partidario de un gusto sencillo y, á veces, de un gusto rudo; pero hace una excepción en favor de los pueblos del mediodía. Detesta el amaneramiento que nace del espíritu de sociedad; mas el que procede de lujo de imaginación le agrada en poesía, como la profusión de colores y aromas en la naturaleza... Estaba yo en Viena cuando Schlegel dió su curso de literatura; no esperaba de él más que enseñanza, y quedé atónita oyendo á un crítico tan elocuente como un orador y que, lejos de encarnizarse con los defectos, perpetuo alimento de la medianía celosa, intentaba solamente dar nueva vida al genio creador». Aun hoy no se estiman exagerados estos elogios, no obstante los años transcurridos.

En las *Lecciones* de G. Schlegel se advierte ya el cambio operado en las ideas de los románticos. No era posible que durase largo tiempo aquella embriaguez de la fantasía que preconizaran al principio. Como el pensamiento no vive de sueños, el romanticismo sintió la necesidad de salir del mundo de la sensación personal y de hallar terreno más firme para la poesía. Imaginaron entonces que lo que faltaba á la poesía moderna era el apoyo de una mitología, afirmando Federico Schlegel que la grandeza de la literatura de los helenos estribaba en ser hija de su mitología. A pesar de los trabajos recientes de Herder y de Heyne, aún se consideraba la mitología como creación arbitraria de los poetas y de los sacerdotes. Dolorando no tenerla, los románticos se dieron á buscar una para su uso. En un principio pensaron rejuvenecer la griega, aplicándole las ideas de Spinoza y de Schelling; luego, atrajeron su atención los dogmas religiosos de los indios, y al fin, tras varias tentativas en uno ú otro sentido, creyeron descubrir que el Catolicismo de la Edad Media respondía mejor que el Olimpo heleno ó las divinidades índicas á los caprichos de la fantasía. «El hombre religioso, escribía Federico Schlegel, es naturalmente poeta. Los *Cantos espirituales* de Novalis, los *Sonetos espirituales* de G. Schlegel, muchos poemas de Federico, *Genoveva* y *Octaviano* de Thieck, son frutos preciados de esté culto al catolicismo medioeval. De la primitiva tendencia romántica lo habían sido *El fiel Eckart*, *Los Tannhäuser*, *El Runenberg*, *El filtro de amor*, de Thieck, y *Los himnos á la noche*, *Los discípulos de Sais* y, sobre todo, la novela *Enrique de Ofterdingen*, refutación del *Wilhem Meister*, de Novalis. La pasión de los románticos por la Edad Media, aunque no en todos fuese real y sincera, enriqueció considerablemente el caudal de la ciencia y del arte. La crítica literaria se hizo menos exclusiva. Las ideas sembradas por Herder maduraron. Se apreció en todas partes y en todos los géneros el valor de la inspiración ingénuo, espontánea, popular. Guillermo Schlegel refundió el *Tristán*, de Godofredo de Strasburgo. Thieck publicó los *Minnelieder* (poemas de amor), siendo el primero en distinguir y clasificar los diferentes ciclos épicos, los *Nibelungen*, las leyendas de la

*Tabla redonda*, las de Carlomagno; Von der Angen dió á la estampa los *Nibelungen* y otros poemas alemanes de la Edad Media, é hizo que se estudiasen en las universidades; Clemente Brentano y Archim de Arnim coleccionaron los mejores *lieder* (cantos) populares; Görres editó los *Libros populares* de Alemania, y los hermanos Grimm comenzaron la publicación de los *Cuentos de la infancia*, creando la filología de la vieja Germania. Al lado de las antigüedades alemanas, estudiaron los románticos las literaturas extranjeras, la italiana, la inglesa, la portuguesa, la española, naciendo de las comparaciones que entonces fué posible establecer la ciencia de los mitos y de las leyendas. La *Simbólica* de Creuzer es hija legítima del romanticismo.

Algunos de los afiliados á la escuela comprendieron que era preciso volver de lo pasado á lo presente, vivir en sí, no ir en busca de la poesía á tiempos remotos ni á países lejanos cuando nos está brindando á gozarla en el seno del hogar, en el campo vecino, en la realidad que nos rodea. De este modo apareció una nueva dirección romántica, que desarrollaron con brillo los llamados *poetas de Suabia*, lucida falange, con Luis Uhland á la cabeza y Schwab, Kerner, Frohlich, Pfiner, Morike, en sus filas. En estos autores encontramos el romanticismo sin sistema, la pasión de la naturaleza sin metafísica, la vida común en su sencilla é ingenua poesía.

Los románticos alemanes fueron víctimas de su errónea concepción literaria: la mayor parte murieron jóvenes, presa de la amargura, el desaliento y la desesperación. Se divorciaron de la realidad, y la realidad se vengó de ellos haciéndoles encorvarse bajo su mano de hierro. Agótase su pensamiento en teorías y sistemas, y pretenden elevarse sobre sí mismos por la ironía del poeta que juzga su obra y la condena. Almas impresionables y delicadas, en vez de dominar los acontecimientos, les sirvieron de juguete. Las extravagancias en que cayeran algunos, como Novalis y Hoffman, la tendencia iniciada por Uhland y los suabios y las patrocinadas con más decisión aun por Blüker (orientalismo) y el conde de Platen (orientalismo primero y neo-clasicismo después), debilitaron rápidamente la escuela. Un gran lírico, salido de su seno, le dió el golpe de gracia. Heine, que es á quien acabamos de aludir, Heine, el último de los escritores románticos y el más grande de todos, él, que debe al romanticismo la parte más pura de su gloria, lo juzga con implacable severidad. Su fallo, empero, no puede aceptarse sin reserva.

Hemos citado á Heine. Su nombre cierra el ciclo de oro de la literatura alemana. Poeta, crítico, novelista, filósofo, irónico, sarcástico, excéptico, sus primeras poesías pasaron casi inadvertidas; mas á poco ganó la celebridad que merecía con sus *Narraciones de viajes* (*reisebilder*). En sus *Tragedias*, publicadas en el intermedio, comenzó á separarse, acaso inconscientemente, del romanticismo. Dotado de un alma que él mismo decía que era de goma, porque ya se distendía hasta lo infinito, ya se encogía hasta llegar á ser microscópica, no encontró en ninguna religión, en ninguna condición, en ningún país, en la fe ni en

la incredulidad, en el realismo ni en el idealismo, punto de apoyo firme é inquebrantable. No tomaba en serio la ciencia ni la vida. Reconocía paladinamente sus errores, sus exageraciones, sus locuras, y se mostraba contrito y arrepentido; y después, burlábase con descaro y amargura de su arrepentimiento. Abjuró de la religión de Moisés, que era la de sus padres, y abrazó el luteranismo, diciendo que lo hacía tan sólo para poder trabajar más «desinteresadamente» en favor de los judíos, y luego combatió por igual á sus nuevos y á sus antiguos correligionarios. Desfiguraba á menudo los asuntos serios dándoles un giro chocarrero, y otras veces expresaba en forma humorística, con su estilo enérgico y pintoresco, profundas verdades, como al calificar el *Corpus juris* de Biblia de los egoístas. Su musa caprichosa y desordenada saltaba de lo jocoso á lo sentimental, de lo patético á lo frívolo, de lo lascivo á lo delicado, del llanto á la risa, de la grosera obscenidad á las más altas idealidades. El odio, el rencor, la venganza, el espíritu de rivalidad proyectan negras sombras sobre su talento; pero, en suma, fué un gran escritor y, sobre todo, un poeta lírico de primer orden, que en sus Canciones compite con Goethe.

Enrique Heine saludó con alborozo la revolución de Francia de mil ochocientos treinta, y disgustado de su patria, se estableció en París, abrumando á sus paisanos bajo el peso de sus sangrientos sarcasmos. En estos ataques é invectivas, la pasión extravió su juicio con demasiada frecuencia. Atacado de parálisis parcial, su carácter concluyó de agriarse; padeció é hizo padecer á los otros, y sus últimos años se deslizaron en el dolor y el aislamiento. Tuvo muchos admiradores y pocos amigos, siendo más desgraciado que simpático, más digno de lástima que de envidia. *El libro de las Canciones*, *La Alemania*, *Lutecia*, *Las Nuevas poesías*, el *Romancero* y multitud de artículos en periódicos y revistas, con sus primeras *Canciones*, sus *Tragedias* y sus *Narraciones de viajes*, forman el sólido pedestal de su legítima fama.

Por rápida que sea esta reseña, no debemos omitir que, en mil ochocientos trece, los poetas habían pulsado en sus liras la cuerda del patriotismo, y los *Sonetos acorazados* de Rücker, la *Lira* y la *Espada* de Teodoro Kærner, las canciones entusiastas y piadosas de Schenckendorf, los *Cantos de guerra* de Moritz Arndt, avivaron el noble ardor de los soldados de la independencia, repitiendo la nación en masa los himnos precursores de la unidad germánica.

Cerrada la era de los grandes poetas alemanes, que coincide con el esplendor de su filosofía, los escritores ceden la palabra á los políticos y los generales se encargan de la acción.

La historia literaria de Austria, en cuanto potencia germánica, se confunde con la de Alemania en general. No obstante, los nombres de los poetas austriacos, Atanasio Grün, Lenau, Beck, Hartman, célebres más allá de las fronteras del imperio, sonaban apenas en su patria. En Viena, sobre todo, se perdía su voz en el vacío. «Inofensivo, alegre, el

pueblo vive aquí vida tan tranquila como la de las plantas», escribía Beck. Collin, aclamado como poeta nacional, si alguna vez excitó cautamente el espíritu germánico, casi siempre eligió sus asuntos en la historia griega y romana. El movimiento literario era mayor y, sobre todo, más popular en las provincias eslavas y madgyares de la monarquía. En Bohemia, la influencia de Herder, el paso de los ejércitos rusos y el ejemplo de Alemania habían despertado nuevos deseos de independencia. En mil ochocientos diez y siete, publicó Hanka las poesías intituladas *Juicio de Liboukha* y *Manuscrito de Kralové Dvor*; su resonancia fué inmensa. El primer paso hacia la emancipación estaba dado. En mil ochocientos veinticuatro, el poeta Koller predicó el paaslavismo en su *Hija de la gloria*. Erben, Vocel, el citado Hanka y otros, exhuman las reliquias de lo pasado, recogen los cantos populares, reanudan la tradición interrumpida, inculcan en la juventud el amor á la patria. La literatura es el vehículo por cuyo medio la idea nacional, contenida primeramente en los círculos universitarios, se propaga á la sociedad entera. Cosa análoga ocurre en Hungría. El renacimiento literario se inicia en mil ochocientos ocho y continúa hasta mil ochocientos cuarenta. Carlos Kisfaludy crea el drama húngaro y la comedia de asuntos nacionales; Katona escribe la más hermosa de las tragedias madgyares, el *Bank Ban*, y Væræsmarty inaugura con su *Fuga de Zalam* y su *Szozat* la época de la gran poesía épica y del gran lirismo.

Tócanos ahora pasar á Inglaterra. Como vimos en el tomo precedente, Cowper, Burns y Crave fueron innovadores, sin proponerse serlo, por espontáneo impulso de su naturaleza, de modo completamente involuntario. No ocurre lo propio con los poetas de que inmediatamente vamos á hablar. Éstos, comprendiendo que es necesaria y que se está verificando una profunda revolución literaria, trazan á su manera su programa, fijan su sentido, aplican su talento y sus esfuerzos á consumarla en sus obras. Son estos poetas los llamados *lakistas*, y con ellos aparece el verdadero romanticismo inglés. El nombre común que se les dá procede de haber vivido la mayor parte de ellos muchos años en las orillas de los lagos que hay al Norte de Inglaterra, en los condados de Westmoreland y Cumberland. Muy diferentes entre sí bajo ciertos respectos, presentan, sin embargo, rasgos comunes, que han permitido clasificarlos juntamente. En política, todos empezaron por admirar la Revolución francesa, abrazando á poco las ideas del viejo partido tory, hasta el punto de ser durante el imperio napoleónico y período subsiguiente firmes sostenes del gabinete conservador. En poesía, quieren saltar de Milton á Cowper, haciendo tabla rasa de la época intermedia; reservan sus elogios para los autores del siglo de Isabel, y predicán con su palabra y con su ejemplo la necesidad de inspirarse en la naturaleza, perpetuamente joven, eternamente bella, en la naturaleza, que aman con pasión, que les embriaga, les exalta y les purifica. Este sentimiento es común á toda la escuela. Parece que el alma de los *lakistas* se confunde con el alma universal en las mudas sole-

dades de los campos, en la superficie tersa ó rizada de los lagos, en la luz crepuscular de los extensos bosques. Su espíritu se arroba en una especie de misticismo, algo semejante al panteísmo naturalista de los helenos. En su entusiasmo poético atribuyen vida no sólo física, sino moral á todos los objetos naturales, grandes ó pequeños. Los infinitos fenómenos del mundo ocultan siempre á sus ojos un poder intelectual. El Océano tiene alma y pasiones; la luna, caprichos; las nubes, las olas, los astros se mueven á impulsos de su sentimiento interno. Ellos mismos se figuran que su personalidad indecisa se les escapa, se desvanece, se diluye en el vasto conjunto del pensamiento y de la sensación. «La catarata resonante, dice Wordsworth, me persigue como una pasión; la alta roca, la montaña, el bosque espeso y profundo, sus colores sombríos y sus formas se truecan en mi alma en deseo, en sentimiento, en amor.»

El autor de estos versos es considerado como el jefe de la escuela. En él hay, lo mismo que en el *vate* de la antigüedad, algo de sacerdote y de profeta. Su fama, grande en su tiempo, sufrió después pasajero eclipse; renació más tarde, y hoy se le cuenta entre los primeros poetas del siglo décimo-noveno, no faltando quien lo prefiera á los demás, juzgándole precursor de tendencias novísimas. «Vivió tranquilamente, dice Taine, á la orilla de un hermoso lago, enfrente de pintorescas montañas, en el seno de un matrimonio tranquilo, rodeado del cariño y de la admiración de amigos distinguidos y escogidos, entre los favores del gobierno y el respeto del público, embebecido en contemplaciones que ninguna tormenta venía á turbar, llena la mente de ideas poéticas, cuya expansión no tropezaba con ningún obstáculo». En medio de esta calma solemne escucha las vibraciones de su pensamiento; la paz es tan grande que el poeta percibe lo imperceptible. «La más insignificante flor que se abre, escribe, puede remover en mí sentimientos bastante profundos para traducirse en lágrimas». Su mirada escrutadora descubre bellezas, grandezas, lecciones en los acontecimientos triviales que constituyen la trama de la vida ordinaria. Sus ojos están habituados á las tintas dulces y uniformes. La vida moral en la vida vulgar, he ahí el objeto de sus preferencias. Sus pinturas son cuadros de color gris llenos de expresión. Wordsworth eleva su instinto poético á doctrina, que expone en sus prefacios. «Desde hace un siglo, dice, nuestra poesía es una mentira. Su forma es tan falsa como su fondo. ¿A qué el lenguaje convencional que emplea? ¿Qué razón hay para esas metáforas, esas perífrasis tradicionales que los poetas se transmiten de mano en mano como trapos ajados de ropavejería? Todo el mundo es poeta, excepto el que compone versos. El verdadero poeta es el hombre que habla á otros hombres; debe, pues, servirse del lenguaje corriente, del que va de corazón á corazón, de la lengua usual, del idioma vulgar, sin cercenarle otra cosa que sus descuidos y sus groserías: esto respecto á la forma. En lo tocante al fondo, el de la poesía ordinaria es igualmente vicioso. Con sus desdenes literarios y aristocráticos ha reducido y empobrecido miserablemente los dominios del arte. La verdad,

la vida, ha cesado de mirarse como poética: sólo algunos asuntos gastados, consagrados por el uso, tienen el privilegio de parecerlo. Es preciso derribar esas mezquinas barreras: la vida entera es poética, porque es verdadera, porque es bella. La vida ordinaria, la de los campesinos, la de los artesanos más humildes, es tal vez la más poética de todas, porque es la que más se aproxima á la fuente de toda poesía, á la naturaleza». «De ésta habla Wordsworth como habla un amante de su amada, observa Macaulay. Nunca le cansa su asunto, ni teme que pueda fatigar al lector. El sentimiento de la naturaleza es en él tan variado y tiene acentos tan penetrantes como el amor verdadero. Hay en su poesía algo de la de Cowper; quizás es menos sincero que éste, pero le aventaja en su inteligencia más profunda de la naturaleza y en la mayor elevación y trascendencia de las concepciones».

El espíritu de sistema perjudica á Wordsworth, que, en su afán de ser natural, suele caer en el prosaísmo y dar de lleno en el amaneramiento y el artificio retórico, precisamente por querer huir de la retórica. Exagerando la reacción contra los pseudo-clásicos, llega á decir que «gran parte del lenguaje, en un buen poema, no puede diferir en ningún respecto del de la buena prosa». A su juicio, no háy diferencia esencial entre uno y otro, «puesto que la misma sangre circula por las venas de los dos». Tenía, empero, un concepto muy alto del arte. «La poesía, añade, sólo se distingue de la ciencia en ser un conocimiento no formal, sino indirecto, y por lo mismo más sincero, de las bellezas del universo. En tal sentido, la poesía es el primero y el último de todos los conocimientos, que, por una iluminación súbita, nos hace patentes en su complejidad activa el tejido de la naturaleza y el de la vida». Cuando la concisión de la forma obliga á Wordsworth á escoger entre las ideas que acuden á su mente y á expresar su pensamiento con más energía, sus composiciones son modelo de perfección. Tal sucede con sus sonetos. Su obra más importante es el célebre poema *La Excursión*, serie de coloquios morales y metafísicos entre un piadoso buhonero escocés, un solitario excéptico y un pobre pastor de almas, que ejerce su ministerio en una aldea. El asunto es árido y el tono del poema grave y solemne, como el de un sermón, á pesar de lo cual, el lector se siente subyugado por la verdad de las pinturas y la grandeza moral de las ideas. «Hay asignado un principio activo á cada forma de ser, se dice en *La Excursión*; por oculto que esté á los sentidos y á la observación, subsiste en todas las cosas, en las estrellas del cielo azulado, en los guijarros del arroyo, en las aguas movedizas, en el aire invisible. Todo objeto está dotado de propiedades, que se difunden más allá de él mismo y comunican el bien, bien puro ó mezclado de mal. El espíritu no conoce lugar aislado, abismo vacío, soledad. Circula de eslabón en eslabón y es el alma de todos los mundos». Y en otra parte: «El sol se halla y la magnificencia del cielo está al alcance de todo ojo humano. El Océano halaga con su eterno murmullo todos los oídos. El campo en primavera vierte fresca voluptuosidad en todos los corazones. Los deberes ca-